

Confesiones de la torre de una Catedral

Puedo ver la huerta por todos los puntos cardinales. He sido testigo durante siglos de cómo la ciudad ha ido creciendo.



Estuve más de 200 años un *poquico* torcida. Pero luego, vino un arquitecto y con su escuadra y cartabón me enderezó. De no ser así, ahora podría competir –salvando las distancias- con la Torre de Pisa. Los días con mucha visibilidad puedo saludar a la Catedral de Orihuela.

La Giralda y yo tenemos casi un duelo en la altura. Ella creció unos metros más. Estamos las dos “estilizadas” por la parte alta con unos balcones. Cosas de aligerar el peso, oí decir a los arquitectos.



Me gusta mucho el fútbol. Amo por igual al Atlético y al Real Madrid. Ahí no me puedo pronunciar. Será, tal vez porque el arquitecto Ventura Rodríguez que culminó mi linterna también diseñó las Plazas Neptuno y Cibeles.

Algunos días, sobre todo en primavera, me pongo un poco “tontica”: Es cuando el perfume del azahar de los naranjos de la plaza que está a mis pies me llega hasta la veleta. ¡A ver quién se resiste...! ¿Vds. me entienden verdad? Estilizada, perfumada... Un primor vaya.

También me he llevado algún que otro susto en mi vida. Tengo que confesarles que pasé un poco de miedo cuando la riada de Santa Teresa cubrió más de dos metros toda la base de la Catedral. Tengan en cuenta que quien les habla no sabe nadar. Pero... ¡resistí como si fuera pura roca! Oí decir a los canteros que tengo los cimientos muy bien puestos (¡ejem!). Hasta Víctor Hugo escribió en la prensa francesa para pedir ayuda para toda la ciudad. Aquello me conmovió tanto que casi se me saltaban las lágrimas cuando lo leí.

Me gusta mucho escuchar cuando acuden los profesores de geografía con sus alumnos a explicarles desde mis balcones: la huerta, los trazados de la ciudad, la parte medieval, etc. Siempre aprendo algo nuevo.

Pero no vayan a pensar que porque esté muy atenta soy una cotilla. Soy muy discreta: sé guardar muy bien un secreto. Tengo una sala en la que lo que cuentes por una pared, sólo lo oirá quién esté en la otra esquina en diagonal con la oreja pegada al muro. ¡Hagan la prueba! Por algo se llama la “Sala de los Secretos”.



A pesar de mi edad, me sé cuidar. Con mis casi 500 años tengo un corazón que palpita a ritmo de campanas. Cuando suena la grandota, Santa Agueda, me retumban todas las entrañas (las piedras, digo). Claro es que son más de seis toneladas en movimiento. Sólo su badajo pesa más de 200 kilos. Antonio Lechuga, el campanero me cuidó mucho tiempo. Sus grafitis aún están marcados en “mi epidermis”. La casa del campanero me gusta muchísimo: parece una palmera arquitectónica.

Sé un poquito de leyes de regadío. Hace siglos yo tocaba los cuartos. Después repicaban las parroquias y así, se regulaban los tiempos establecidos para regar las tahúllas de la huerta de modo equitativo con reparto por igual del uso del agua. Y es que detrás de un repique, casi siempre hay una advertencia legal.

Como habrán intuido por estas confesiones personales, soy sí ¡¡murciana!! por los cuatro costados.

Inmaculada Mengual